jaba de continuas vigilias y desasosiegos. Nosotros no nos atreviamos á mostrarle nuestra inquietud; porque este hombre tan blando y tan humano para otros, era muy duro para sí mismo, y su dulzura jamas oia con desagrado sino solo lo que podia ser cuidado ó inquietud de su persona.

Por otra parte temiamos hacerle ver nuestro temor. Pero un dia que con sus hijos haciamos nuestro paseo ordinario de las tardes, y que respirábamos en un olivar el ayre puro de los campos, ved, nos dixo, esos bellos olivos. Es verdad que su color es mustio y parecido al de los cipreses; ¡pero qué diferencia en los efectos! Al cipres seco y sin fruto su tristeza y su esterilidad le han condenado á ser el símbolo de la muerte. Es el único adorno funerario que puede decorar los depósitos solitarios en que reposan las frias cenizas de los que yacen; pero el olivo fructífero y fecundo es el símbolo de la paz, y contiene en sus ricas producciones todos los principios de la vida.

Con este motivo nos hizo segun su costumbre un sublime discurso sobre el aceyte, llamándole la mas útil criatura de Dios. Despues de habernos explicado los usos en que el hombre le convierte, tanto para su alimento como para las artes y manufacturas, nos expuso las relaciones que tiene con el Cielo, las virtudes con que Dios le santifica, y como es el símbolo misterioso de los mas elevados exercicios de la Religion.

Observad, nos decia, como con el oleo consagrado se hace el Santo Chrisma que nos abre en el Bautismo las puertas del Cielo, y nos graba con un buril

indestructible el carácter indeleble de Christianos. Como por su virtud desciende á nuestras almas el Espíritu Divino que corrobora nuestra fe, y nos inspira fuerza para resistir al torrente del mundo y al de nuestra propia corrupcion, dandonos fuerza para superar hasta el furor de las persecuciones.

Observad que con él se comunica al Sacerdote el inefable poder con que puede derramar sobre nosotros la Sangre de Jesu Christo, y lavar nuestras culpas. Que con él se confiere á los Obispos el carácter eminente de Legados de Jesu Christo, y de Pastores de nuestras almas; y que por fin tiene la virtud de purificar nuestros miembros quando los han profanado los pecados, de quitarles las manchas que han contraido, y de hacerles recobrar la gracia y los títulos de adopcion que el Espíritu Santo les habia dado en el Bautismo; y sobre todo que este es el postrer vehiculo con que el alma se transporta á su patria inmortal, las últimas alas con que vuela al seno de su Criador.

Despues de haber dicho muchas cosas sobre este asunto se volvió á mí, y me dixo: Mariano, yo tengo mucho deseo de recibir con tiempo el Sacramento de la Extrema Uncion, porque es el último auxîlio de los que se embarcan para la eternidad. Estos miembros groseros prostituidos tan largos años á la iniquidad de sus sentidos han menester recibir este último baño de la Sangre del Cordero. Amigo, yo reclamo tu amistad, y tambien interpelo tu Religion. Tambien reclamo el amor y la ternura de mis hijos, y pido á todos, que si la enfermedad entorpece mis sen-

tidos, no me dilaten por una falsa prudencia, ó por un vano temor de afligirme, este santo remedio, en que tengo mucha confianza, y que yo considero necesario.

Sus hijos se lo ofreciéron, y yo añadí: Para mí es muy fácil hacer lo que deseas, porque estoy persuadido de que este Sacramento no solo es útil para la salud del alma, sino que tambien lo es muchas veces para la del cuerpo. Así lo cree la Iglesia, y la experiencia lo acredita cada dia; pues apénas se unge á los enfermos con los Oleos sagrados quando empiezan á sentirse mejores, sea que Dios aumente la virtud de los remedios, ó que comunique sus luces al Médico para que los escoja con acierto. Así puedes estar seguro de que no olvidaré diligencia tan oportuna.

Mi amigo se enternecia. Pareció escuchar con satisfaccion mi oferta, y la aceptó con expresiones de gratitud. Pero sea que este largo y muy sentido discurso le hubiese fatigado, ó que ya empezaba la enfermedad á desenrollar los síntomas que despues se manifestáron, quando dixo estas últimas palabras, una súbita palidez habia descolorido sus mexillas. Se sintió malo, y no pudiendo sostenerse en pie se recostó sobre la tierra. Nosotros nos turbamos, y acudimos á socorrerle; pero él nos hizo señas con la mano de que le dexásemos tranquilo, y lo hicimos así sin atrevernos á decirle nada, porque conociamos que le importunarian nuestras inquietudes.

Este silencio fué largo, porque tardó mucho en recobrarse; pero quando pasó aquella congoja que le habia oprimido y se sintió mejor, poniéndose en su asiento nos dixo: Yo espero, amigos mios, que vosotros no sereis de aquellos que hacen un estudio de distraer á las personas que aman de la idea de la muerte. Esta fatal prudencia solo puede ser hija de una fria amistad, ó de una fe muy débil; y yo deseo que mis amigos me dexen gozar del mas dulce de mis pensamientos, que es la proxîmidad del término de mis esperanzas.

¡Ay hijos! considerad lo infeliz que es el hombre que para no afligirse se halla reducido á la necesidad de olvidar que ya está cerca de morir! ¡Reflexîonad quán glorioso es para la Religion el que solo en su seno la muerte sea una felicidad! Mariano, la Filosofía que ha disputado y ha intentado obscurecer todas las verdades que incomodan á los vicios, debe estar desesperada de no poder negar la muerte, que es el término y el castigo de todos. Si hubiera podido quitar á los hombres la idea de la muerte, mucho hubieran logrado sus esfuerzos para tranquilizar las pasiones, y para extinguir los remordimientos. Si no se hubiera visto morir á nadie, si la Providencia hubiera destinado un dia fixo para la muerte general de todos como le ha señalado para que todos resuciten, los Sofistas hubieran pretendido que la muerte era una idea supersticiosa, como pretenden que lo es la resurreccion.

Pero la incredulidad que se atreve á negar todo lo que no se vé, no puede negar lo que dice la revelacion quando la experiencia lo acredita, y es mucha desgracia suya que la falte este recurso precisamente en el punto mas decisivo, en el asunto mas importante, y en que desearia mas nuestra corrupcion que se la quitasen

sus terrores. Lo peor para ella es, que ella misma aumenta los horrores naturales del sepulcro, y duplica las angustias de la muerte, pues nos quita todas las esperanzas sin quitarnos ninguno de sus horrores.

Solo el buen Christiano puede consolarse con la muerte; porque sabe que nada se destruye en el espíritu que le anima, y que la muerte no hace mas que dar otra forma á su exîstencia, que se queda lo que era, que léjos de extinguirse no hace mas que transformarse, y mejorar de suerte, pasando de una vida de prueba y pasagera á otra mas elevada en que empieza una duracion que nunca acaba. Por eso el Christiano es el único que puede hallar la certidumbre de su eternidad en las cenizas frias de esos tenebrosos subterráneos que se tragan todas las generaciones de los hombres.

Despues de este discurso mi amigo sintiéndose mejor, nos propuso volver á casa sin dar nueva señal de indisposicion. En el camino le dixe: Que seria bien avisar á Don Francisco para atajar ó precaver qualquier riesgo. Este Don Francisco era el Médico que mi amigo habia hecho venir al Lugar, y que por su talento y acierto habia obtenido nuestra confianza. Mi amigo me respondió: Que venga en hora buena. Yo debo y estoy pronto á hacer lo que me ordene; pero Mariano, añadió acercándose á mí, y baxando la voz, los hombres no pueden estorbar lo que el Cielo dispone. Me parece que ha llegado la hora, y una voz interior me dice que ya es tiempo de ir á esperarte en la eterna mansion.

Estas palabras me hiciéron estremecer, y aunque

procuré disimular á causa de sus hijos, sentí que me dió un vuelco el corazon. Él me las habia dicho con ayre tan agradable y risueño, que sus hijos no pudiéron comprehender nada; pero en mí produxéron una impresion tan profunda y dolorosa que no le pude responder. La serenidad de su semblante, y la firmeza de su expresion me pareciéron una prueba segura de la certeza de su presentimiento.

Don Francisco despues de bien informado nos dixo, que todavia no podia hacer juicio, y que para formar un concepto fundado era menester que el tiempo diese algunas otras indicaciones; que todo aquello que habian observado podia no tener alguna conseqüencia. No obstante le prescribió un régimen, que dixo ser bueno para todos los casos; y mi amigo se sometió con docilidad. Pero yo veia que esta obediencia era mas virtud que esperanza, y que á pesar de las conjeturas favorables en que abundaba nuestro deseo de su recobro, mantenia imperturbable en su corazon la idea de su próxîmo fin. Nosotros con todo eso empezamos á esperar, porque en tres dias enteros no volvió á sentir nuevo ataque ni otra flaqueza.

Él mismo sintiéndose tan bueno nos propuso renovar nuestros paseos de la tarde. El Médico los aprobó diciéndole, que el ayre podia serle favorable, con tal de que el exercicio fuese moderado y no largo ni violento; y con este salvo conducto nos resolvimos á ir aquella misma tarde al Cementerio. Pero me parece que hasta ahora no te he dado ninguna idea de este edificio, y te le voy á explicar.

Quando mi amigo vino á este Lugar, y se ocupó en reedificar la Iglesia dándola la forma magestuosa y decente que tiene hoy, observó que se enterraban en ella los difuntos. Á su talento tan lleno del amor de la humanidad no se podian esconder los inconvenientes de esta práctica; pues en efecto ni es prudente ni Christiano exponer á los que van á adorar al Dios de los vivos á que se contagien con los vapores de los muertos.

De acuerdo pues con el Cura y las demas autoridades públicas determinó construir un Cementerio separado donde se pudieran transportar todos los cadáveres de la Iglesia que estaban en estado, y donde se enterrasen todos los que murieran en adelante, y tambien hizo levantar en él una Capilla suficiente para celebrar en ella los oficios de los difuntos. Por este medio la Iglesia se conservaria pura sin recibir mas incienso que el que la adoracion y el amor presentan al Dios de los vivos, y en el Cementerio se podria ofrecer con los ruegos y oblaciones que se dirigen al alivio de los muertos.

Como al mismo tiempo mi amigo hacia construir al contorno del Lugar una alameda ó paseo público, y que al fin de este se hallaba un valdío, le pareció escogerlo para que se fabricase en él el Cementerio, pues por este medio á la oportunidad y cercanía del sitio podia añadir la ventaja del camino. Estando el paseo empedrado, y siempre bien conservado ofrecia en todo tiempo un camino fácil para todos. Allí pues, y precisamente en el sitio en que la alameda se termina, para acortar en lo posible la distancia, hizo tomar las medidas, y dispuso un vasto espacio quadrado que hizo cercar con muros elevados.

En medio hizo construir una Capilla para depositar los cadáveres, y celebrar en ella los Sacrificios y Oficios funerales que la Religion consagra á los que han terminado su carrera. Los quatro ángulos espaciosos que quedaban fuera de la Capilla estaban destinados para la inhumacion indistinta y general de todos los vecinos. Mi amigo no queria que quando la Providencia con sus dones, y la muerte con su guadaña segadora igualan á todos los humanos, el orgullo se atreva á pasar mas allá de los confines de la vida, y que pretenda poner una distincion soberbia entre cadáveres, cuyas cenizas presto serán confundidas. Á la entrada hizo poner una puerta de hierro con verjas de modo que los claros separados dexaban penetrar la vista, permitian la de la Capilla que estaba enfrente, y se podia registrar todo el interior; solo la podian detener algunos tristes y funestos cipreses que hizo plantar al contorno de la Capilla, para que con su mustia y muda tristeza anunciasen el destino de aquel lugar.

Pero para quitar á este lúgubre recinto en quanto era posible el austero semblante de su terrible y pavorosa imágen, y para neutralizar los mortíferos miasmas de sus vapores pútridos, hizo plantar no solo verdes y lozanos naranjos, sino quantas plantas y flores olorosas podian producir con sus fragrancias muchas exhalaciones balsámicas. Allí estaban plantados y confundidos el romero y el espliego, el mirto y el jazmin, y hasta el encarnado clavel y la agradable rosa contribuian con sus matices y perfumes á amenizar la séria rigidez de aquel sitio.

Parecia que mi amigo habia querido despojar á la muerte de una parte de sus horrores, y si los difuntos hubieran podido ver desde sus irrevocables destinos los oficios que les hacian los vivos, hubieran tal vez imaginado que se les preparaba otro paraíso. Pero no, este era un jardin que la naturaleza queria presentar á la fe para preservarla del temor del contagio en sus exercicios fúnebres, y al considerar la pompa y abundancia con que habian prosperado las fecundas semillas, se podia imaginar que tambien ellas habian querido presentar la imágen de la resurreccion.

La Capilla era vasta, pero simple, y de una arquitectura sólida y severa. No habia mas que un Altar, pero era grande y serio. No habia en él mas que un devoto Crucifixo, y en su presencia ardia sin cesar una lámpara que representaba la no interrumpida duracion de la eternidad. Todos los adornos que se veian eran fúnebres y análogos al objeto de este establecimiento. En los dos ángulos de las paredes laterales se habian abierto quatro grandes nichos en que se colocáron otros tantos esqueletos, y estos eran las respetables reliquias de quatro personas veneradas, célebres en su tiempo por la alta virtud que profesáron.

Entre ellos estaban los huesos de un antiguo Cura, que la devocion habia separado de los otros, depositándolos en una caxa que se habia conservado en la Iglesia colocada en un sitio respetuoso. Mi amigo los hizo tambien sacar, y conservando el órden con que la naturaleza los establece en la estructura de los cuerpos, los hizo poner en uno de aquellos nichos, y lo cerró todo

por delante en cumplimiento de lo dispuesto por la Iglesia. Mi amigo decia, que miéntras estos hombres venerables, que habian seguido sobre aquella tierra la Cruz de Jesu Christo, esperaban la aprobacion de la Iglesia para ser presentados al culto, podian indicar su situacion para la memoria y el exemplo, que estas imágenes despertando la idea de sus virtudes debian excitar los estímulos de su imitacion, que aquellos eran los mejores libros en que podian aprender los ignorantes y los sabios, y que por lo ménos no podian dexar de inspirar á los que entraban pensamientos graves y religiosos.

Sobre cada uno de estos nichos se habia puesto una inscripcion análoga, y en lo mas alto del Altar se leia en grandes letras: *Exultabunt Domino ossa humiliata.* Estos huesos ahora humillados en el polvo volverán á animarse, y se presentarán con alegría delante del Señor. En la fachada de la Capilla se grabó otra, sacada de uno de los cánticos con que la Iglesia celebra la gloria de los Mártires: *Sunt hæc plena Deo pignora.* Aquí todo está lleno de Dios. Así en aquel fúnebre recinto todo era sagrado y religioso, todo conforme á las sérias ideas de su objeto; y ya que no podia esconder la imágen de la muerte, á lo ménos la mostraba dulce y venturosa con las sublimes esperanzas de la fe.

Desde que se acabó este edificio, se destinó un dia para bendecir la nueva Capilla. Se exâminó si convendria trasladar á ella los despojos de la antigua Iglesia, y aunque muchos pensáron que no debian turbar-

se aquellas cenizas frias, otros creyéron que seria mejor purificar por entero el lugar en que los fieles debian congregarse. Mi amigo se inclinó á este partido, porque fuera de esta razon le pareció que con este motivo podia hacer una solemnidad, que despertaria la reverencia que se debe á los muertos, y la necesidad que tienen de nuestras oraciones. Se determinó pues el dia en que se debia hacer esta translacion, y no puedo darte una idea completa de la seriedad y aspecto religioso con que se solemnizó esta pompa funeraria.

Muchos de los Curas comarcanos convidados por el nuestro contribuyéron á darla mas solemnidad. La víspera se habian colocado con órden y distincion las caxas que contenian los cuerpos conocidos; y cada familia tuvo el derecho de reclamar los suyos quando podian distinguirlos. Á las ocho de la mañana empezó esta lúgubre funcion. La Iglesia estaba llena, y los que podian vestidos de luto. Se dió principio por el Oficio de Difuntos, que el Clero, aquel dia numeroso, cantó con uncion y respeto. Acabado este, el Cura del Lugar y todos los otros revestidos se acercáron á las bóvedas, y entonáron los responsos. Entre tanto mi amigo, sus hijos y todas las personas principales del Lugar cargáron en sus hombros las caxas de los difuntos que se debian trasladar, todos nos dirigimos al Cementerio, y no es posible imaginar el respeto, la decencia y el religioso silencio de esta triste y devota funcion.

Se bendixo la Capilla, y miéntras el Clero iba á bendecir el Campo Santo mi amigo y otros se ocupáron en

sacar de sus caxas, y colocar en los nichos los quatro cuerpos destinados para ellos. De modo que quando el Clero volvió, ya estaba todo corriente, y el Altar preparado para celebrar la Misa de Difuntos. Uno de los Curas convidados la dixo con mucha solemnidad, y el nuestro nos predicó un Sermon corto, pero muy tierno y lleno de uncion. Despues del Sacrificio se entonó un responso general con una gravedad y reverencia dificil de encontrar en un Pueblo numeroso y poco instruido.

Esta funcion y otras que con el mismo espíritu se habian hecho en la Iglesia, habian contribuido á dar al nuestro la idea de la modestia y respeto con que deben santificarse los ritos Religiosos. Pero desde aquel dia este edificio quedó únicamente consagrado á los entierros, honras, cabos de año y todos los demas Oficios funerarios. El dia de Difuntos se hacen en él todos los Oficios del dia, y por este medio la Iglesia desembarazada de toda influencia nociva ha quedado la Casa de oracion en que se presenta á Dios con el Sacrificio de los vivos la oferta de un corazon tranquilo y sin zozobra.

Este Cementerio era el término freqüente de nuestros paseos por la tarde, y es el mismo á que nos propusimos ir aquel dia. En efecto fuimos, y despues de haber hecho una breve oracion en la Capilla salimos á pasear por el campo. Mi amigo dirigiéndo e á sus hijos les dixo: Hijos mios, este es el lugar en que vuestro padre viene á meditar sobre la eternidad, para aprender la importante y dificil ciencia de morir; siempre que he po-